

Editorial

La escritura universitaria: entre la técnica y la humanización

Andrea Jackelinne Bolaños

Profesora, Universidad Mariana

«La escritura es una «hermenéutica del yo»»

Ricoeur

La escritura en el contexto universitario, habitualmente asociada con la rigurosidad técnica y las normas académicas, ha sido concebida como un espacio limitado por formatos, criterios de evaluación y objetivos específicos. Sin embargo, esta visión parcial y restrictiva desdibuja el potencial transformador de la escritura como un acto liberador y catártico. En la universidad, donde confluyen la reflexión crítica y la creatividad, se debe asumir un rol humanizador: ser un puente entre el escritor, el lector y las realidades humanas que circundan. Al respecto, Enríquez (2017) señala que escribir es una forma de interpretar el mundo, que permite transitar experiencias personales y colectivas desde una mirada introspectiva. Por esta razón, no debería reducirse a un ejercicio formal, sino constituirse en un espacio de construcción de sentido, capaz de dar voz a inquietudes, miedos, esperanzas y contradicciones que definen la humanidad.

En una sociedad tan cambiante, frente a las distintas dinámicas en las que se encuentra inmerso el ser humano, la capacidad de expresión y reflexión se convierte en una herramienta esencial para procesar y dar sentido a los distintos desafíos de la modernidad. Desde esta perspectiva, Bauman (2000/2002) plantea que, en la modernidad líquida, caracterizada por transformaciones constantes e incertidumbre, este ejercicio de interpretación se configura como un mecanismo para navegar el caos contemporáneo. Este enfoque resalta la importancia de que la producción académica universitaria trascienda las paredes del aula, adoptando un rol humanizador que fomenta la empatía y establezca una conexión significativa con el lector.

Cabe señalar que, en el marco de la reflexión sobre el lenguaje como herramienta de transformación, Barthes (1993) destaca su capacidad para ir más allá de la mera comunicación, configurándose como una extensión del ser humano y un medio para crear nuevas realidades. En esta línea, su análisis permite comprender que los textos universitarios no deben reducirse al cumplimiento de normas, sino entenderse como espacios donde el autor puede explorar y construir su identidad, así como su vínculo con el mundo que lo rodea. Esto invita a repensar la producción académica desde una dimensión personal y significativa.

En el ámbito de la creación literaria y la construcción de discursos significativos, el enfoque de Tokarczuk (2019) ofrece una mirada acerca de la producción académica, desde una perspectiva más humana y cercana. La autora enfatiza el valor de narrar a partir de la vulnerabilidad, entendiendo esta como una herramienta poderosa para conectar las experiencias cotidianas con elementos extraordinarios que dan sentido a la existencia humana. Este acto de reconciliar lo ordinario con lo trascendental no solo enriquece el contenido de los textos, sino que también refuerza la autenticidad del autor, permitiéndole transmitir ideas de una manera más genuina y comprensible.

Aplicar esta sensibilidad narrativa al contexto universitario supone una transformación en la forma de concebir la escritura académica. En lugar de limitarse a cumplir con normas técnicas y formatos rígidos, los textos se convierten en espacios de expresión personal, donde el estudiante puede equilibrar el rigor académico con una narrativa emocional. Esto facilita una conexión más profunda con el lector y también promueve el desarrollo de habilidades reflexivas y críticas, fundamentales en el proceso formativo. Así, los escritos universitarios dejan de ser meros instrumentos de evaluación para convertirse en vehículos de empatía, creatividad y humanización.

En el contexto de la sociedad actual, caracterizada por un ritmo acelerado y una constante búsqueda de productividad, Han (2012) ofrece una crítica que resulta especialmente relevante para repensar los procesos formativos en la universidad. El filósofo señala que este entorno hiperproductivo ha marginado la capacidad de contemplación y reflexión profunda, reduciendo muchas actividades, incluida la escritura, a simples mecanismos funcionales. Sin embargo, esta actividad, lejos de limitarse a técnicas, puede convertirse en un acto de resistencia frente a las exigencias de la inmediatez.

En el ámbito universitario, esta visión concibe la producción escrita como un medio para transmitir conocimientos y una herramienta que fomenta la pausa y el análisis crítico del mundo. Al escribir, los estudiantes no solo desarrollan habilidades técnicas, sino que también cultivan una visión más reflexiva y transformadora, capaz de cuestionar las dinámicas de su entorno y contribuir al desarrollo de un pensamiento más profundo y conectado con la realidad.

En el marco de la sociología del conocimiento, Berger y Luckmann (1968/2003) ofrecen una perspectiva fundamental para entender el impacto del lenguaje en la configuración de las estructuras sociales. Los autores destacan que la realidad no es algo estático, sino el resultado de un proceso continuo de construcción social, en el cual el lenguaje desempeña un rol central como mediador y creador de significados compartidos.

Desde esta perspectiva, los textos producidos en el ámbito universitario no deben entenderse únicamente como herramientas para comunicar conocimientos, sino como vehículos para modelar y transformar las realidades culturales y sociales. Al escribir, los estudiantes no solo reproducen información, sino que participan activamente en la creación de narrativas que influyen en su entorno. Este acto, además de reflejar aprendizajes académicos, tiene el poder de generar cambios significativos, promoviendo una reflexión más profunda sobre el mundo y fomentando un impacto cultural y social.

Por lo anterior, la universidad, como espacio de aprendizaje y transformación, debería fomentar una escritura que, sin abandonar el rigor, permita al estudiante explorar la libertad creativa y la reflexión personal. Así, la escritura se convierte en una práctica que humaniza el conocimiento, acercándolo a las experiencias y emociones que nos conectan como individuos.

En conclusión, la escritura en el contexto universitario trasciende su dimensión técnica para convertirse en una herramienta poderosa de expresión y transformación. Más que un simple medio para cumplir con exigencias académicas, se configura como un espacio de liberación, catarsis y humanización, donde las ideas cobran vida y se conectan profundamente con las realidades humanas. Este equilibrio entre rigor académico y sensibilidad personal, a través de estos espacios, donde los estudiantes reflexionan sobre conceptos y teorías, también exploran su propia voz y perspectiva, dando lugar a textos que son productos intelectuales y manifestaciones de experiencias y emociones.

Referencias

Barthes, R. (1993). *El placer del texto* (N. Rosa, Trad.; 10.ª ed.). Siglo XXI Editores.

Bauman, Z. (2002). *Modernidad líquida* (M. Rosenberg, Trad.). Fondo de Cultura Económica.

Berger, P. y Luckmann, T. (2003). *La construcción social de la realidad* (S. Zuleta, Trad.; 18.ª ed.). Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1968).

Enríquez, M. (2017). *Nuestra parte de noche*. Anagrama.

Han, B-C. (2012). *La sociedad del cansancio* (Comité Herder Editorial, trad.). Editorial Herder.

Ricoeur, P. (1990). *Sí mismo como otro*. Siglo XXI Editores.

Tokarczuk, O. (2019). *Sobre los huesos de los muertos*. Anagrama.

Horizontes Literario